

~~De actualidad~~

# Mi deber de ahora



O.C.  
to mo X

No, mi buen amigo, no, y usted lo sabe mejor que otro cualquiera; no debo, no puedo callarme ni mi voz es ya mía, sino que es de la patria, es de los muchos, muchísimos, que callan doloridos y abochornados. Ni debo callarme ni entregarme a esas labores a que me llaman los cucos revestidos de faisanes. Porque lo que quieren que haga y sólo para que deje de hacer lo que estoy haciendo, lo pueden hacer otros y tan bien o mejor que yo, pero esto... ¿esto?, esto no lo hace otro si yo no lo hago, está visto. Para aquello basta talento y ciencia o imaginación, y de todo ello, digan lo que quieran, no se está hoy escaso en España. De lo que escaseamos es de lo otro. Y los mudos hacen los sordos.

Debo afrontar la frenética estulticia—que no otra cosa—de esa institución que se arroga la representación de la "venganza" oficial; debo provocar la fría persecución del despotismo entronizado en nuestra patria. ¿Qué es eso de que haga al modo de lo que hicieron aquel maestro y el otro y el de más allá?

Y crea Marcelino Domingo que al escribir el doctor Simarro—hablaremos de él—su libro sobre el proceso Ferrer escribió de psicología experimental y que yo, en estos artículos periódicos hablo, para el que sabe oírlo, del eterno problema de lo eterno, de lo ultraterreno.

Se ha execrado en exceso lo que se atribuye a los revolucionarios de la gran Revolución, la francesa de fines del XVIII, de que dijeron a Lavoisier que la República no necesitaba químicos. No sabemos lo que haya en ello de leyenda, pero pueden llegar momentos en que la patria exija que lo químicos, por Lavoisiers que sean, hagan otra cosa que química. Porque esta cómoda teoría, la de confinarse el químico en su química, ha servido en la última gran guerra de las naciones para que más de uno se hurtara del verdadero deber echando la carga a los indiferenciados, a los que son carne de cañón. Y en España estamos hoy en guerra, en nobilísima guerra civil, en lucha por la libertad y la justicia contra el despo-

tismo y la arbitrariedad trasgubernamentales, de más allá del Gobierno, de sobre él, de tras la cortina del cotarro clandestino.

Es, mi buen amigo, como eso que nos vienen diciendo de la suerte de los intelectuales en Rusia. ¿Intelectuales? ¿Habría que verlo! Y en todo caso un intelectual ruso de hoy, un sabio y muy sabio, un fisiólogo, un químico, un sanscritista, un matemático, por mucho que sepa, tiene algo más que hacer que hacer fisiología o química o sanscritismo o matemáticas, lo mismo si es bolchevique que si no lo es.

Sí, yo sé mejor que todos esos cucos de la gramática parda lo que debo hacer; lo sé yo. Y con qué complacencia escribo este "yo", la palabra más desinteresada, la más dádiosa, la más social, la más liberal, la más universal.

Antaño comenté en un libro que me saqué del corazón, donde había metido el "Quijote" que solía andar por las cabezas de los cucos estudiosos y precavidos, comenté, digo, aquellas palabras del Caballero a Pedro Alonso, cuando le dijo: "¡Yo sé quien soy!" Y ogaño he leído en la relación que el capitán Bernal Díaz del Castillo hizo de la conquista de la Nueva España, en que tomó parte muy principal, aquellas nobles palabras cuando, en el capítulo 210, dice: "Y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta dellos, y el más antiguo de todos; y digo otra vez que yo, yo, yo lo digo tantas veces, que yo soy el más antiguo y he servido como muy buen soldado a su majestad."

Y es una badulaquería decir de uno así que busca el que la gente no se ocupe sino en él y le admire. El viejo capitán de la Nueva España tenía un finísimo sentimiento de la justicia y para ello no necesitaba saber latín. Puesto que en latín se dice que la justicia consiste en dar a cada uno lo suyo—"suum cuique tribuere"—y esto supone tanto como el suyo—"suum"—el cada uno—"quisque". Y no sienten, no pueden sentir la justicia, y por ende no pueden rendirla.







los que no sienten el cada uno, el "quisque", o si se quiere la "cada-  
unidad" ("Chascun en sa chascun-  
rie", que dijo Montaigne). No pue-  
den sentirla los que no sienten la san-

tisima individualidad — el individuo  
es lo universal—los que no son libe-  
rales.

Para restablecer la justicia que  
Francisco López de Gómara, al dic-  
tado de Cortés, había torcido tomó  
la pluma el viejo capitán de la Nueva  
España, ya anciano y cuando, como  
él nos dice de sí y sus compañeros de  
conquista: "Estamos muy viejos y  
dolientes de enfermedades, y muy  
pobres y cargados de hijos e hijas  
para casar y nietos, y con poca ren-  
ta y así pasamos nuestras vidas con  
trabajos y miserias". Y ya para en-  
tonces — escribía esto en 1568 — se  
había muerto en España, rico y he-  
cho marqués del Valle, Hernando  
Cortés.

((m

Y ya que otros no sientan su pro-  
pia individualidad, su yo, y se soba-  
jen cucamente a dejárselo oscurecer  
y aun deprimir y callen lo que debe-  
rían gritar en la plaza diciéndose:  
"¿Y por qué he de ser yo?" y discu-  
rran tanto para zafarse del despotis-  
mo que no les quede discurso para  
cosa que lo valga, tengo "yo, yo, yo  
lo digo tantas veces" que tratar de  
rescatarles y defenderles y ver si les  
vuelvo a sí mismos, único modo de  
que puedan luego ser de provecho  
para los demás. Y a cada uno su ca-

daunidad.

Annie Besant dejó dicho para siem-  
pre: "Mucha gente desea que pros-  
pere una buena causa, pero muy po-  
cos se ocupan en ayudarla y todavía  
menos arriesgan algo en su apoyo.  
"Alguien tiene que hacerlo, ¿pero  
por qué yo?", es la consabida frase  
de la flaca adhesión. "Alguien tiene  
que hacerlo, ¿pero por qué no yo?",  
es el grito de cualquier serio servi-  
dor del hombre que se lanza de cara  
a un peligroso deber. Entre estas dos  
sentencias median siglos enteros de  
evolución moral."

Y yo tengo que hacerlo porque  
está visto que no lo hará ninguno de  
los cucos que me invitan a hacer lo  
que otros pueden hacerlo tan bien  
como yo. Y que en todo caso no es,  
como pelear por la justicia, cosa de  
urgencia ni de peligro. Esos otros  
trabajos pueden esperar.

MIGUEL DE UNAMUNO

